



SA LLAPASSA

© TONI CATANY

LAS POSESIONES MALLORQUINAS

LOS DÍAS EN QUE LAS POSESIONES MALLORQUINAS, MASÍAS ISLEÑAS, ERAN ACTIVÍSIMOS FOCOS DE VIDA, ESTÁN YA LEJANOS. AHORA EXISTEN COMO VESTIGIOS DE OTRAS ÉPOCAS Y SON REPRESENTACIONES DE UNA ARQUITECTURA SÓLIDA Y BELLA.

MARIA DE LA PAU JANER ESCRITORA



RAIXA

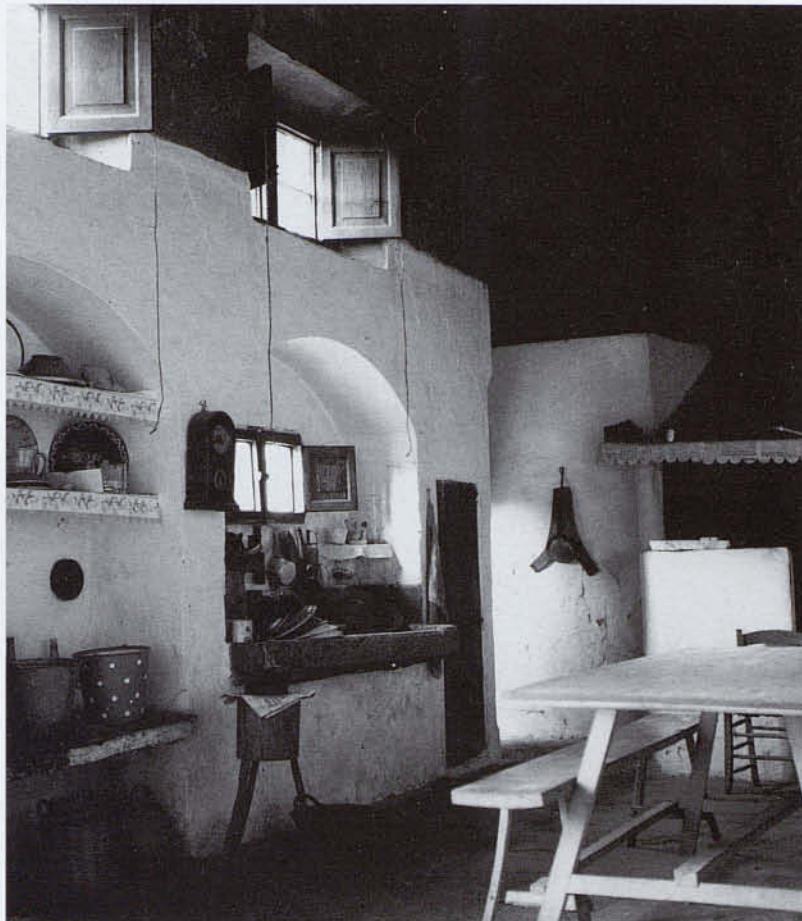
TONI CATANY ©

Mallorca fue, hasta hace pocas décadas, una tierra de economía rural. Mucho antes de que el turismo impusiera nuevos ritmos a una sociedad acostumbrada a crecer sin prisas, la vida de los mallorquines, en el campo, se desarrollaba alrededor de pequeños núcleos de población, los pueblos de la isla. El campo se dividía entonces en una serie de parcelas, que pertenecían a los campesinos, trabajadores de la tierra, o si se trataba de una extensión considerable, formaba parte del patrimonio de los señores rurales, propietarios poderosos y bien considerados en toda Mallorca. Un gran número de hombres, y a menudo incluso familias enteras, dependían de la posesión donde trabajaban, donde vivían, y donde habían nacido.

Era una existencia regida por los ciclos de la tierra, y conocedora del entorno y de las exigencias de las lluvias y del soleamiento, que marcan el buen camino de los sembrados, la vida de los pas-

tos y de las bestias. Un tiempo de dureza y, muchas veces, de miseria, idealizado más tarde por muchos poetas palmeños, que intentaban encontrar paraísos perdidos en una realidad que les era completamente desconocida. Los días en que las posesiones mallorquinas, masías isleñas, eran activísimos focos de vida, ya están lejos. Ahora existen como vestigios de otras épocas, y son representaciones de una arquitectura sólida y bella, de aquellas casas concebidas como el hogar de muchos, auténtica fortaleza protectora de malas cosechas y de tormentas. Pero antes servían como núcleo articulador de un auténtico tejido social: desde el señor, una figura casi fantasmagórica en la vida de la posesión, a menudo tan sólo visitante de las tierras, hasta el amo, que solía tener su propia casa y que era el designado por el señor para asegurar el buen desarrollo de las tareas del campo, directamente relacionado con los trabajadores, eje y pilar del desarrollo económico del lu-

gar. A ellos se sumaban quienes trabajaban siempre ahí, y quienes iban ocasionalmente, alquilados para realizar tareas concretas de cultivo; y los yunteros, los yegüeros, los porquerizos, los hortelanos. Las posesiones estaban formadas por las casas grandes y por toda una serie de construcciones anexas vinculadas a ellas. Eran las viviendas de los trabajadores, y los habitáculos donde se guardaban los animales, las semillas y las herramientas. En Mallorca, las posesiones son hoy modelos estéticos, estructuras de habitación imitadas en las revistas de decoración, que proclaman el retorno a la ruralidad, a los espacios conocidos y sólidos, a las viejas formas de trabajar la piedra para hacer las casas de los campesinos mallorquines; muy a menudo centros rebosantes de magnificencia, con frecuencia ejes de pequeños y activísimos microcosmos que hoy han perdido el dinamismo que les caracterizara. Núcleos convertidos en forma pura, imitada y observada



COCINA DE SA LLAPASSA

© TONI CATANY

desde la modernidad, rara vez habitados de nuevo, quizá porque resulta difícil adaptarlos a los ritmos de la vida actual.

Si llegamos a las tierras del llano de Mallorca y vislumbramos el Puig de Randa, muy cerca de aquellos parajes donde Ramon Llull se recogía para la oración, muy cerca encontraremos la casa de Aubenya, una de las posesiones de mayor fama del entorno. Se trata de una construcción que se remonta a los tiempos de la conquista catalana por el rey Don Jaime, aunque seguramente ya antes debió de haber allí mismo una alquería árabe. Maria del Mar Bonet, cantante mallorquina de reconocida valía, cantaba hace algunos años unos versos que aludían a aquel rincón de Mallorca:

*“A Aubenya segaven ordi
un mes davant sant Joan
quan veien es camp tan gran
cridaven misericordi...”*

(En Aubenya segaban cebada / un mes antes de San Juan / al ver el campo tan grande / pedían misericordia)

Y es que hace muchos años Aubenya reunía a veinte personas que trabajaban fijas, incluso en invierno, y en verano llegaban a ser más de cincuenta. La vida de la posesión transcurría siempre en torno al patio, una extensión empedrada que encontramos delante de la fachada principal de estas construcciones, punto de confluencia de todos sus habitantes, donde a menudo se levanta el grueso tronco del almez, el árbol que a menudo aparece, solo y con acogedora sombra, en los caminos de las posesiones mallorquinas. Muy cerca se encuentra el portal de entrada a la casa, un reloj de sol y el escudo de piedra, desechos hoy de un tiempo de pasado esplendor. El mismo esplendor que aún sorprende a los caminantes que se acercan a Sa Torre, antiguamente la primera posesión de Mallorca, la que perteneció a una señora mallorquina de enormes riquezas. Le llamaban La Gran Cristiana, y se aseguraba que podía recorrerse el perfil de la isla, dando la vuelta completa, sin salir ni un solo instante de sus propiedades. En Sa Torre el patio es de enormes proporciones, y hoy

está invadido por las hierbas y el olvido. La casa, de más de treinta habitaciones, está llena de muebles antiguos y polvorrientos, de obras de arte, de colecciones de platos mozárabes, de pesados cortinajes, de libros amontonados en los estantes, de pinturas neoclásicas. Y está también la iglesia de la posesión, de estilo neogótico, con artísticas vidrieras coloreadas, a veces estropeadas, agrietadas y polvorrientas, cubiertas por telarañas.

Costa i Llobera, el poeta de Pollença autor de las Horacianas, el seguidor de los clásicos latinos, cuando escribió el poema El pi de Formentor, se refería sin duda a uno de los árboles lozanos que crecían en las tierras propiedad de su familia, situadas en el lugar más oriental de la costa septentrional mallorquina. Hoy sólo se conoce Formentor por las playas y el hotel del mismo nombre, que cada verano recibe a centenares de turistas hambrientos de sol. Pero mucho tiempo atrás, las viejas casas de Formentor asomaban ante los ojos de los visitantes que iban desde la playa hasta el faro. A su lado, la antigua



ALFÀBIA

© TONI CATANY

torre de defensa, con una escalera de caracol que tiene la barandilla de piedra. Desde aquella atalaya, donde los amos escondían el grano por temor a invasiones de piratas, fieros sitiadores que llegaban por los caminos del mar, podía otearse el horizonte a través de las estrechísimas aspilleras.

En otro lugar de las tierras mallorquinas, en el pueblo de Llubí, se levanta el palacio de Vinagrella, junto a una encina gigantesca, cerca del portal de arco de medio punto. Un portal desde el que podemos observar el interior de la casa, con la escalera que da acceso a la casa de los señores, y, al otro lado, fuera, el patio rodeado de arcos. Cerca se encuentra la capilla, una iglesia bellamente conservada. En otro pueblo próximo, Sineu, descubrimos una posesión de nombre árabe, Defla, lugar descrito con deslumbradas palabras por el archiduque Luis Salvador de Austria en su obra; casi un palacio de ensueño. Se llega a él por un camino umbrío bordeado de acebuches, en esta tierra favorable a las leyendas que los mallorquines han transmitido durante siglos. Allí, la

torre de defensa —una de las más antiguas de la isla, ya que fue edificada en el 900— sirve para otear la amplia llanura, los jardines irradian verdor y aire limpio, en un entorno de frágil belleza, casi decadente; las estancias de la posesión son una muestra de buen gusto, y la capilla, guardada por dos leones de piedra, es blanca. A cada lado del portal exterior, un muro con almenas ofrecía una imagen casi medieval.

La entrada de Alfàbia está llena de plátanos que nos guían, ofreciendo al paseante el acceso a los surtidores que, desde los jardines, deslumbran con sus juegos de agua, subrayando el perfil de las buganvillas, de las hojas. Los orígenes de la casa de Alfàbia nos trasladan a los tiempos de la dominación árabe de la isla, cuando había un hombre rico llamado Ben Amet, cuyos dominios se extendían por toda la zona septentrional de Mallorca. La más querida de sus posesiones era Alfàbia, donde vivía rodeado de muchas cuarteradas de jardines. Durante la conquista catalana, el señor de Alfàbia se adaptó a los nuevos

tiempos, convirtiéndose al cristianismo y ofreciendo su apoyo al rey Don Jaime, lo que le garantizó el mantenimiento de sus riquezas.

Pero estos son sólo algunos nombres dispersos, escogidos casi al azar entre múltiples posibilidades. En Mallorca, las posesiones han tenido que incorporarse a los nuevos tiempos, cuando los días ya no giran entorno a los ciclos del campo, ni las cosechas se miden según las lluvias o las sequías, en un momento en que el cultivo de la tierra, despreciado y maltratado, es ya sólo una tarea de pequeños grupos aislados en el campo, desprotegidos de casi todo. Se han construido restaurantes en algunas de las viejas casas de posesión, o residencias de lujo donde el turismo busca un reposo de calidad, lejos de la esclavitud y la algarabía de la costa. Las hay que se han convertido en jardines abiertos al público en un horario determinado, otras permanecen desiertas, sin amparo ni posibilidad de supervivencia. Son los desechos de un tiempo antiguo, hoy casi remoto, que se pierde en la lejanía. ■